



cucharadas de luna

FRAGMENTO DEL LIBRO DE FLORES Y MONTAÑAS. MEMORIAS DE UN REFUGIO EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, DE HÉCTOR JORGE ORDÓÑEZ MONRIBOT

Este es un artículo de acceso abierto bajo la licencia CC BY-NC 4.0
<https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.201931197>

En este número de *Entretextos* se presenta un capítulo del conjunto de crónicas titulado *De flores y montañas. Memorias de un refugio en San Cristóbal de las Casas*, de Héctor Jorge Ordóñez Monribot (Zacatecas, 1990); publicado por la Ibero León en 2018 y presentado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. El autor es egresado de la carrera en Comunicación de la Universidad Iberoamericana León. La obra, su ópera prima, es el resultado de sus experiencias como voluntario de servicio social, en la modalidad de inserción, y posteriormente como coordinador en La Casa de las Flores, organización que atiende a niñas y niños indígenas en condición de trabajo de calle y ambulante, ubicada en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. De este libro, el escritor Juan Villoro comentó para su contraportada: “Bitácora de un aprendizaje entre quienes nada tienen, *De flores y montañas. Memorias de un refugio en San Cristóbal de las Casas* abre una ventana hacia un país solidario, todavía futuro, que comienza a existir en estas páginas”.

Cómo citar este artículo

Ordóñez Monribot, H. J. (2019). Fragmento del libro *De flores y montañas. Memorias de un refugio en San Cristóbal de las Casas*. *Entretextos*, 11(31), 1–5. <https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.201931197>

Los olvidados: Jaime y Damián

Los *olvidados* es una película de 1950 del cineasta español Luis Buñuel, en la que retrata la pobreza y el abandono social de los más marginados en la capital mexicana, en plena mitad de siglo xx. Y es un indicador alarmante que la película continúe vigente como referente de la realidad del país más de cincuenta años después.

Jaime me recuerda una situación más extrema que la del Jaibo, el protagonista de la película. A los quince años ya había huido dos veces de centros de rehabilitación estatales donde, según contaba, el suicidio era la salida más común: se desnucaban atorando la cabeza entre los barrotes de las celdas (a las que el programa oficial llama cínicamente *cuartos*).

El día en que Jaime llegó a La Casa de las Flores, al menos cinco niños abandonaron el refugio casi de inmediato tras desayunar. Días después me confesaron que les inspiró mucho miedo su presencia. Este chico vivía en condición de calle y dormía en lo que él llamaba “su terreno”, un baldío a orillas de la ciudad, cerca de un río muy contaminado. Y cuando los policías se lo permitían, a veces también dormía en cabinas de cajeros automáticos de la zona centro. El arte de la improvisación por las noches.

Armado desde los diez años, en una bolsa del pantalón solía llevar una navaja; en el otro bolsillo cargaba estampillas, figuras de plástico o cualquier juguete de baratija de los que se regalan en la compra de comida chatarra.

La situación de Damián no se diferenciaba tanto de la de Jaime, ya que regularmente dormían juntos haciéndose compañía en el mismo terreno.

Damián, como Jaime, consumía sustancias; me refiero a que inhalaba pegamento industrial, barniz o *thinner*, drogas que quitan el frío, el hambre y el sueño, aquello que por las noches juega en su contra. Importa más estar alerta que las consecuencias cerebrales a largo plazo.

La primera vez que Damián visitó la Casa, los adolescentes aún pretendían llevarme a mis límites. Era un día particularmente difícil y, para asustarme, los más rebeldes habían quemado pólvora en el patio central, además de que continuaban evitando a toda costa hablar español, lanzándome insultos en tzotzil sin que yo pudiera percatarme.

Jaime entró con la actitud intimidatoria que lo caracterizaba; esta vez lo acompañaba su socio de supervivencia. Los vi juntos por primera vez y era una escena característica de la adolescencia abandonada en la calle: estaban drogados y Damián, en un arranque de furia, intentó encarar a uno de los chicos más asiduos del refugio, quien además era uno de los pocos que me respetaba como líder de la comunidad.

Separé a Damián y pude percibir un fuerte aroma a sustancias industriales. Era un olor a pintura y pegamento muy penetrante.

—Vamos a sentarnos tú y yo en el patio —atiné a decirle. Me preguntó en dónde estaba—. Aquí se llama La Casa de las Flores. Podemos darte de desayunar todos los días, siempre y cuando respetes a los demás. Tienes que tratar esto como si fuera tu hogar. También tienes que pagar tu desayuno estudiando o trabajando para la casa.

Luego puedes jugar. Pero no puedes violentar a nadie porque entonces no vas a poder entrar. Tampoco puedes volver a venir drogado.

Estaba muy nervioso al hablar con él, pero intentaba ocultarlo. El rostro de Damián se iluminó poco a poco mientras me escuchaba. Su reacción de felicidad fue la más inesperada para mí.

Le pedí que me ayudara a limpiar la maleza del patio trasero, con la esperanza de que así desaparecieran los efectos de los estupefacientes. Lo hizo con amabilidad. En algún momento subió al techo y se quedó dormido casi de inmediato. Los niños que dormían en la calle solían entrar corriendo a la azotea, donde el sol pegaba directamente, para olvidarse del frío de la noche anterior. Sin embargo, cuando yo les ofrecía acondicionar el sofá cama de la biblioteca para que descansaran, anteponían su orgullo y desechaban la idea.

Muy oportuno, Damián se volvió mi traductor, agradeciéndome que le permitiéramos la entrada. Aquella misma mañana, a la hora del desayuno, clamó por silencio y habló en tzotzil frente a todos. Sin que yo pudiera entender su idioma me di cuenta de que hablaba de mí. Me señalaba, luego hacía una pausa y apuntaba hacia quienes solían insultarme en su lengua. Creo que también habló sobre la conducta de todos dentro del refugio y aprovechó para enlistar, en español, las cosas buenas que La Casa de las Flores hacía por ellos y que al mostrarse tan destructivos no valoraban.

Más adelante entendí que la gratitud de Damián provenía de la exclusión social generalizada. El jovencito no estaba acostumbrado a que alguien viera por él; llevaba una vida invisible. La sociedad civil no hace ni un poco de esfuerzo para abandonar la indiferencia; cada vez genera, consciente o inconscientemente, más anestesia psicológica para ignorar la enorme cantidad de casos como el de Jaime o Damián. Vivir en la calle es la consecuencia más drástica de este sistema económico excluyente.

Cuando anochece, la euforia y la adrenalina invaden a estos muchachos. La necesidad de improvisar se vuelve vital para la supervivencia; cumplir su decisión de no morir, noche tras noche. En casos como los suyos, la naturaleza humana se vuelca al instinto, casi a su lado salvaje. El contacto con el riesgo es constante. De condición más crítica, Damián era a su vez el de gestos más notorios como el de adoptar perros para que lo acompañaran en su “terreno” y por la noche se cuidaran unos a otros. Cuando tenía dinero regalaba dulces a los niños más pequeños.

Jaime, por el contrario, en ocasiones podía estar dispuesto a lo que fuera para conseguir un techo que lo protegiera del frío o para obtener drogas sintéticas como la cocaína o el cristal. Esta situación envuelve historias desastrosas. Había llegado a asaltar a algunos de los niños y se drogaba casi a diario para estar despierto por las noches. En una ocasión también le vi entregar drogas a un menor de diez años a altas horas de la madrugada.

Pese a esto, una especie de ternura lo inundaba cuando me saludaba en las calles y nos tomábamos juntos un arroz con leche o comíamos un pan. En sus momentos de sobriedad afirmaba que yo era su mejor amigo. La gente solía decir que se le metía el diablo cuando tenía arranques de violencia. Eran, tal vez, consecuencias de un problema en su cerebro expuesto a tantos venenos y a innumerables golpes en la cabeza. Era imposible no pensar que su vida era, además del resultado de sus decisiones, la consecuencia de una larga lista de problemáticas sociales.

Pero un día el problema creció. Poco a poco, tras un par de semanas, me di cuenta de la falta de un niño pequeño al que apodaban Rin.

De apenas unos diez años, era muy inquieto y retador: evitaba hablar en español. Semanas antes de su desaparición lo encontré dormido en la banqueta abrazado por su madre, a la espera de que yo

abriera la puerta del refugio. Fue una de las escenas más impactantes que presencié. Corrió, como dije antes, a la azotea de la casa para complacerse con los rayos del sol. La imagen quedó grabada en mi mente y terminó por convertirse en mi mayor motivación para llegar temprano al trabajo, pues sabía que a veces podía haber niños en espera.

Los chicos de la Casa llegaron a decirme que los padres de Rin preguntaban por él; lo último que sabían era que, junto con Damián y Jaime, había partido hacia la capital chiapaneca Tuxtla Gutiérrez.

Una noche en la calle encontré primero a Damián. El jovencito se veía muy limpio y buscaba compañía con un grupo de muchachos que era evidente que no vivían en la calle y además cargaban con distintos tipos de drogas. Al confrontarlo me recibió con su característica sonrisa, pero al escuchar el apodo de Rin su rostro cambió por el de una serenidad escalofriante. —No sé, ojalá esté bien todavía —dijo escueto.

Días después comenzó a sufrir la presión de unos padres que lo acusaban de haber perdido a su hijo. —Fue Jaime —me dijo por lo bajo mientras su compañero se distraía jugando en el patio del refugio.

Me encontraba rebasado por la situación y decidí llevarlos a Tuxtla. Pensé en obligarlos a que me condujeran al paradero del niño. Jaime ahora admitía más: aseguraba que Rin se había quedado por voluntad propia y que no tenía intenciones de volver a su casa. Sospeché un caso de maltrato y violencia extrema al recordar cómo en el frío de noviembre había dormido en la banqueta de La Casa de las Flores cobijado solamente por los brazos de su madre. Para su padre, un posible alcohólico y explotador, el niño representaba una entrada de dinero constante, pues le daba una cajita para bolear zapatos y lo enviaba al centro. Jamás he alcanzado a imaginar qué pasa por la mente de un hombre que manda a su hijo y a su esposa a dormir en la calle de una ciudad de noches tan frías.

Los dos jovencitos y yo recorrimos a pie los bulevares de Tuxtla Gutiérrez, ciudad casi opuesta a San Cristóbal; con casi un millón de habitantes, la capital de Chiapas se pone motes como “Ciudad del futuro” o “Capital estatal del turismo de negocios”. Su proceso de urbanización, en efecto, es acelerado y ya existen varios edificios corporativos que dan la ilusión de ser rascacielos. Nada que ver con el colonial pueblo del que procedíamos.

Otro elemento contrastante es el clima. En San Cristóbal, ubicada en la región de Los Altos de Chiapas, el invierno es cercano a los cero grados centígrados; el resto del año la altitud de la sierra y la humedad mantienen una temperatura muy fresca. Tuxtla Gutiérrez se encuentra en una depresión que apenas rebasa el nivel del mar y colinda con los ecosistemas selváticos y tropicales; esta ciudad no baja de quince grados en las noches de diciembre o enero. Es común que la población que duerme en las calles, como Jaime y Damián, en esta época del año emigre a la capital a dormir en parques públicos y así evitar el frío.

Llegamos al centro de Tuxtla Gutiérrez y el caer de la noche ya nos amenazaba. Ellos, para distraerse y jugar, fingían peleas con una faceta de odio escalofriante como si de verdad así lo sintieran. Cuando intentaba detenerlos, respondían con mucha calma y con una sonrisa inocente: —¡No hay bronca, güey! Lo hacemos por entrenar para las peleas que luego se arman en las noches. Es para estar preparados.

Dejaban claro que una vez oculto el sol era mejor andar en pareja, cuidándose la espalda el uno al otro sin cerrar los ojos.

Finalmente, topamos con el cruce de dos grandes calles donde había una caja de fusibles de la Comisión Federal de Electricidad. Jaime la abrió. Adentro estaba la mochila del niño desaparecido. Contenía utensilios para limpiar los parabrisas de los autos y jabón líquido en una botella.

—Te dije que no mentía, güey: Rin está limpiando carros aquí. Es él quien no quiere regresar, nosotros no lo abandonamos —dijo Damián. Mientras tanto, Jaime no aguantó la tentación y tomó prestadas las herramientas para trabajar en un par de cruceros. Yo me encontraba confundido y no reconocía nada a mi alrededor. En una ciudad enorme cuyas avenidas y centros comerciales me recordaban a León, caí en cuenta de que buscar a un niño de la calle era como querer encontrar la aguja en medio de un pajar.

—Seguro fue al parque a ver a los payasos —agregó.

Fuimos al Parque de la Marimba, famoso escenario de postales turísticas, cercano al bulevar que recorríamos. Encontramos, sí, el *show* de payasos, mas no al pequeño. A un niño de diez años, abandonado a su suerte en una gran ciudad, tal vez por las noches le quedaría de consuelo el espectáculo infantil gratuito del parque. El clima era templado, mucho más benigno que el de San Cristóbal a esa misma hora, y encontré lógica la decisión de que chicos como ellos se marcharan a Tuxtla para evitar el frío y la explotación de sus padres. Pero no dejaba de sorprenderme el hecho de que toman estas decisiones a una corta edad (hay casos más jóvenes que el Rin). También me quedé con la sensación de que Rin se aferraba a sus últimos rastros de inocencia asistiendo al parque en busca de chistes y bromas para sonreír luego de un largo día de limpiar los parabrisas de autos que transitan en avenidas de alta velocidad. Me convencí de que él había huido de su casa por voluntad propia.

Regresamos en autobús a San Cristóbal. Apenas subieron Jaime y Damián durmieron profundamente en los asientos acolchados. Esa hora de trayecto era para ellos el lapso más cómodo de la noche.

Al llegar a San Cristóbal se les encendió de nuevo la adrenalina para improvisar. La noche ya estaba muy avanzada y había que inventar qué hacer para no dormir. Drogarse profundamente.

La condición social de los *sin casa* ha aumentado a niveles alarmantes desde 2016 en la ciudad de San Cristóbal de las Casas. Cada vez es más común ver personas que duermen en la calle o buscan comida en la basura. Estas problemáticas intentan ser encubiertas con campañas turísticas que invitan a conocer uno de los estados más maravillosos de este país. ¡Porque lo es pero también se trata de una zona con mucha miseria, donde la indiferencia trata de anestesiar diariamente la percepción de esta realidad!

Al día siguiente, los niños del refugio se sorprendieron de que no resulté asaltado o lastimado en aquella precipitada decisión de viajar con los dos jovencitos sin más compañía. En realidad, ambos me caían bien y entendí que su vida era el resultado de un sistema económico que propicia este tipo de existencias.

Los olvidados de Buñuel y *Los nadie* de Galeano se esparcen por todo Chiapas; se encuentran en todo el país. Admiro a Claudia y a quienes construyen el día a día de La Casa de las Flores, por su espíritu y visión para incluir a esta población invisible en una comunidad, lo que es un trabajo anónimo para muchos. Porque si se les cierra la puerta a estos dos muchachos, que representan a tantos otros, solo les queda la calle como único cobijo.